

V

Fiesta en el Palacio

La familia había celebrado la última fiesta dos meses antes de que Don Ysaac trajera la nueva del distintivo. Don Ysaac había invitado a sus amigos poetas y músicos. Aymel Bellito leería sus últimas composiciones y Muçe de la Portella tocaría el harpa. Beatriz le había pedido a Arnau que asistiera.

Las fiestas eran acontecimientos íntimos en donde un grupo de unos treinta amigos que se reunían a recrearse con las conversaciones de los literatos y las discusiones sobre acontecimientos culturales.

La semana antes de la fiesta, los sirvientes habían plantado nuevas flores en el jardín. Decoraron con helechos la escalera que conducía al salón azul. Junípera, la costurera, que era una de las empleadas semanales, había bordado la gruesa saya de tafetán azul de Beatriz y la de verde brocado de Dulcia. Sarah había contratado a los sirvientes que la ayudarían en la cocina. Unas cinco jóvenes servirían a los invitados, y unos cuatro mozos y tres zafales de cuadra estarían a cargo de conducir a los invitados desde la entrada a los salones del segundo piso.

Las damas dejarían sus capas en unas de las salas y otra sala estaría reservada para los hombres en caso de que desearan discutir sobre sus negocios. Astruga pensaba que los invitados bailarían en el salón principal y ordenó que se abrieran las puertas que daban al salón en donde comían las meriendas.

Los sirvientes ubicaron en pequeñas mesas sendas bandejas de plata con diversas confituras —**albúmiya, salata de berendjena a la grega, guevos haminados.**

En la entrada de la sala de cumplimiento, Sarah montó un estrado con almohadones de seda carmesí. Una deferencia a las damas de edad.

Cerca de uno de los muros, un brasero con erraj encendido ayudaba a calentar el salón y el aroma creaba un ambiente acogedor. En las puertas que daban a la galería, colocaron jofainas con agua perfumada. Cinco valones encendidos sobre los bufetes de ébano iluminaban la habitación.

El día de la fiesta, Beatriz se levantó más temprano que de costumbre y Ermesinda la ayudó a bañarse. Agoi le trenzó el negro cabello sobre la nuca y le abrochó la enagua blanca de encaje inglés.

Astruga ordenó a Elisenda que acostara a Ezequiel temprano y que se quedara con él por las dudas el niño se despertara asustado con la algarabía de los festejos.

Unos momentos antes de que la fiesta comenzara, Don Ysaac les pidió a sus hijas que se reunieran en una de las bibliotecas. Cuando Dulcia y Beatriz llegaron, Don Ysaac y Astruga las estaban esperando. Se tomaran de las manos y rezaron: "Demos gracias. El nombre de D. sea bendito para siempre." Astruga lloraba calmadamente. Beatriz sintió que no podía respirar. Una intensa emoción la invadió. Hacía un mes que no repetían las bendiciones.

Beatriz se arrodilló delante de su padre y éste puso ambas manos sobre su negra cabellera.

"Qué alegría, mamá," dijo Dulcia.

"Silencio hija," que nadie lo sepa. Astruga tuvo miedo. Hacía días que venía repitiendo, "Cuando menos nos vean los criados, mejor."

Los invitados llegaron a las diez de la noche. Algunas de las señoras de edad entraron en sillas de manos llevadas por dos escuderos. Desde allí fueron conducidas al segundo piso por un escudero con encendidas hachas.

Otras señoras preferían sillas de terciopelo carmesí en vez de los almohadones. Las literatas actuaban con desenvoltura, como las damas francesas e italianas; cosa que no era frecuente

en la época. Esto ayudaba a crear una atmósfera de exquisita discreción y cortesía.

Las jóvenes criadas servían confituras de frutas secas, cerezas y ciruelas.

Astruga deseó que tanto sus sirvientes como los sirvientes de los invitados fueran convidados con los mismos manjares. Esto era un lujo que muy pocas familias se permitían. Le pareció justo que mientras ellos gozaban de los festejos, los sirvientes participaran en alguna forma de los mismos. Jacobo había ubicado una mesa de madera en el patio central de la dependencia de servicio.

Dulcia y Beatriz bajaron al salón acompañadas por Agoi. Las jóvenes no quisieron interrumpir el poema que recitaba Regina de Grassa y esperaron en la puerta hasta que ésta terminara. Al ver a sus hijas, Astruga se sintió orgullosa, pero una leve tristeza la invadió. Pensó en el incierto futuro que les esperaba.

Sarah, erguida y con los brazos cruzados, contemplaba la fiesta desde una de las puertas. Sus ojos negros parecían bailar al compás de la melodiosa música. Una mantilla cubría su blanco cabello. Había visto crecer a Beatriz y explicaba que era como si fuera su hija.

Arnau conversaba animadamente con su hermana Argota y con Don Ysaac. Cuando vio a Beatriz, caminó hacia ella.

"Tengo que hacerte muchas preguntas. Bajemos al jardín"

"¿Al jardín? No, Arnau. Acabo de llegar."

"Solamente un rato."

"Podemos caminar por la galería."

"Están escuchando a Regina. Nadie preguntará por nosotros."

Astruga se acercó acompañada de Don Aymel de Cavaller, un médico amigo de Don Ysaac.

"El señor Cavaller desea conocerte, hija," dijo Astruga.

Beatriz inclinó se inclinó en una reverencia. Don Cavaller, le tomó la mano y dijo, "Hermosa joven. ¿Podría dedicarme unos momentos?"

Beatriz miró a su madre con temor.

"Tiene mi permiso," dijo Astruga.

"Pero mamá," se quejó Beatriz, "he invitado a Arnau."

Mientras Beatriz y Arnau se alejaban, Don Cavaller tomó el brazo de Astruga, "He hablado con su esposo."

Astruga no le prestó atención. Vio que Argota, la hermana de Arnau, se acercaba, y explicó, "Esta joven va a conversar con usted. ¿No es verdad Argota?"

Arnau llevó a Beatriz detrás de una de las columnas y la besó pasionalmente.

Beatriz sintió que un leve temblor le sacudía el cuerpo. Sus mejillas ardían.

Era la primera vez que Arnau la besaba en los labios. Apoyó la cabeza en su pecho.

Arnau acarició la cabellera. "Mis padres han cambiado."

"¿Cómo, Arnau?"

"Ya sabrás lo que pasa en la ciudad."

"No sé mucho. Mis padres no nos cuentan nada. ¿Serán rumores?"

Arnau la volvió a abrazar. Beatriz sintió que una cálida pasión envolvía su cuerpo.

"Ya no vivimos como antes. Mi madre pretende ser lo que no es. Reza el rosario todas las noches y nos obliga a hacerlo junto con ella. Piensa bautizarse." Arnau titubeó unos momentos y añadió, "Un comerciante que hacía negocios con mi padre ha sido condenado por la Inquisición."

"¿Por qué Arnau? ¿Qué hizo?"

"Beatriz..." dijo Arnau, pero no continuó. Había escuchado unos pasos. Era Dulcia.

"Debes entrar al salón, Beatriz."

Arnau apretó la mano de Beatriz fuertemente, "Nos tenemos que encontrar en algún lado. Tenemos que seguir conversando. Vuelve dentro de un rato. Te espero aquí. Es importante."

Regina de Grassa, cubierta con un manto de humo de color rosado, recitaba nuevamente. Esta vez con el acompañamiento de la suave música de un harpa.

Al ver entrar a Beatriz, Don Cavaller apresuró los pasos hacia ella.

"Si usted me permite, Beatriz," dijo, y sin esperar respuesta, tomó a Beatriz de la cintura. El gesto sorprendió a Beatriz, que sin pensar, se dejó llevar por la presión del brazo. Con la mano Don Cavaller señaló un almohadón al lado de una silleta cubierta de una rica tela de damasco.

Beatriz se sentó en el almohadón y recordó que Astruga le había prendido un abanico de marfil en el cinturón de terciopelo. Lo abrió y comenzó a abanicarse nerviosamente.

Don Cavaller se sentó en la silleta. "Soy viudo y espero casarme nuevamente."

Beatriz no respondió.

"Tengo un palacio en las afuera de la ciudad."

Los ojos negros de Beatriz indicaban un cierto temor.

Don Cavaller le cogió la mano. "En el momento que la vi, me di cuenta de que usted era la esposa que yo buscaba. Tengo mucho para ofrecerle."

La propuesta matrimonial sorprendió a Beatriz. Se apoyó en la silleta y trató de pararse.

Don Cavaller apoyó la mano en el hombro de Beatriz y la empujó suavemente hacia el almohadón.

"Déjeme usted," dijo Beatriz molesta y se levantó sin dejar que Don Cavaller continuara.

Miró hacia donde estaba Arnau y dijo, "Para casarse hay que conocerse y amarse."

Don Ysaac se acercó a su hija y pidió silencio a la audiencia. "Mi hija y yo bailaremos.

Los invitados formaron un círculo alrededor de la pareja. Don Ysaac tomó a Beatriz de la mano y comenzaron a bailar "la alta italiana," que era como un lánguido minué, lento y suave y que solamente se bailaba en la alta sociedad catalana.

Beatriz parecía deslizarse sobre el elegante piso de madera al delicado sonido de la viola.

Los ojos de Beatriz brillaron nerviosamente. Miró el rostro de Don Cavaller detenidamente. Notó las arrugas que lo

cubrían. Se había teñido de negro el lustroso cabello. El tinte le daba un cierto color rojizo. Estaba segura de que las bebidas y los invitados habían creado el estado de excitación en el que parecía encontrarse este extraño hombre.

Cuando los músicos dejaron de tocar, Don Ysaac sonriéndose miró hacia la galería y dijo, "Arnau te está esperando."

Beatriz caminó apresuradamente a encontrarse con Arnau.

Arnau le confesó sus temores. No sabía cómo harían para unir sus vidas. Le explicó que tenía miedo de que en algún momento no la vería más.

"¿Por qué? Arnau, ¿por qué?"

"Son cosas que pienso. Es un temor que tengo. Hay algo tan extraño en el ambiente. Mi madre invita al obispo todos los domingos."

"El obispo viene a nuestra casa también," dijo Beatriz.

"Sí, pero algunos religiosos jesuitas almuerzan con nosotros dos o tres veces por semana." Arnau no continuó. Se dio cuenta de que Beatriz no lo escuchaba. Se detuvo y tomándole las manos le dijo. "Nos tenemos que ir de aquí."

"¿Irnos de aquí?" Beatriz se sorprendió.

"Sí. Piénsalo. No sé si podré continuar viviendo con mis padres. Quiero que vengas conmigo a Francia."

"¿A Francia? No entiendo por qué tenemos que irnos."

"Beatriz, tengo amigos en Francia. Debemos salir de aquí mientras haya tiempo."

Arnau agachó la cabeza.

"¿Sin casarnos?"

"Tus padres no te cuentan todo."

"Nos tendremos que casar."

"No sé si podremos esperar tanto." Arnau titubeó y añadió, "mi madre... tal vez se oponga a que me case contigo."

"¿Conmigo?"

"Ella... ya sabes... Se convirtió."

"¿Se convirtió? ¿Convirtió?" repitió Beatriz como si no entendiera bien. "Arnau no me puedo ir a ningún lado contigo sin casarme. Mis padres se opondrían."

"Nos amamos. Cuando tus padres lo sepan nos bendecirán."

"Debo discutir con ellos todo esto."

"Mejor será que no les digas nada. Todo debe ser en secreto. Hay que tener cuidado."

"Arnau, si me voy contigo, lo deben saber."

"No sé. Más tarde cuando estemos en otro lado."

Argota se acercó. Debían partir.

Arnau apretó la mano de Beatriz. "Te escribiré," susurró. "No te olvides lo que te dije."

Beatriz agachó los ojos como indicando que entendía.

No podía mirar nuevamente a Arnau. La ternura de sus ojos azules la emocionaban. Caminó hacia el salón.

Arnau la vio alejarse y sintió pena.

Algunos invitados se despedían. Don Cavaller antes de partir, se acercó a Beatriz, "Piense en mi propuesta."

Beatriz se sintió fastidiada ante la insistencia del amigo de su padre.

Don Cavaller inclinó la cabeza y se alejó.

Sin que nadie la viera, Beatriz subió rápidamente a su habitación. Quería estar a solas consigo misma. Abrió la puerta de su alcoba y se sentó en el almohadón de seda al lado de la cama. Extendió sus brazos hacia la distancia, como si el mover los brazos la ayudara a poner la mente en orden.

Todo lo que había sucedido le pareció bizarro. El hombre viejo que quería casarse y Arnau que quería que se vaya con él a Francia. Se paró y se sentó repetidas veces. Cubrió el rostro con una faldilla al lado del almohadón y sollozó por un largo rato. Entre sollozos decía, "Debo hablar con Arnau. Lo tengo que ver."

Escuchó unos pasos en la galería. Eran los de Dulcia. Se levantó y corrió hasta su habitación.

Abrió la puerta y dijo abruptamente, "Tengo que hablar contigo."

"Beatriz, mamá te buscaba. ¿Qué te hiciste?"

"Ese hombre, ese viejo amigo de papá..."

"Está enamorado de ti," dijo Dulcia. "¿Eso es lo que te preocupa?"

"¿Te diste cuenta?"

"Todos nos dimos cuenta de eso," dijo Dulcia sonriéndose.

Beatriz sintió que su rostro enrojecía. "Ni siquiera sé qué es lo que quiere."

"Quiere casarse con una chica joven para tener hijos."

"¿Por qué yo?"

"Se ve que le gustaste."

"Me dio miedo. Nunca había escuchado a nadie hablar como ese hombre."

"Olvídate de ese viejo."

"Dulcia," dijo Beatriz y titubeó. No sabía cómo le iba a explicar lo de Arnau.

"¿Hay otro problema? ¿El viejo?"

"No. Te quiero hablar de Arnau. No sé qué decirte..."

"Esa es otra gente rara."

"Arnau no lo es," replicó Beatriz.

"Ya lo sé, pero la hermana y la madre... son extrañísimas. Por suerte la madre no vino. Hay algo en esa familia que no me gusta."

"Arnau quiere que me vaya con él a Francia."

"¿Te propuso matrimonio?"

"No. Quiere que me vaya con él."

"¿Sin casarte? ¿Viste? Ya te dije. Es extraño."

"No lo es. Arnau piensa que no podrá vivir más en su casa."

"¿Sabe de esto mamá?"

"No. No le quería decir nada hasta no estar segura... Arnau me pidió que mantuviera todo en secreto." Beatriz dejó de hablar. Se dio cuenta de que Dulcia no entendía.

"¿No te parece que debes hablar con mamá?"

"Vale, vale," dijo Beatriz encogiendo los hombros.

"Alguien se enloqueció. A tí te pareció que Cavaller era loco y Arnau, ¿no te parece que es un loco también?"

"Arnau me explicó que su madre reza el rosario todos los días y qué sé yo cuántas cosas más."

"¿Qué tiene que ver eso con lo que te propuso?"

Beatriz nerviosamente pasaba las manos sobre el manto como tratando de alisarlo. "Es mejor no decir nada por ahora. No le digas nada a mamá. Arnau me escribirá."

"¿Por qué no te acuestas y mañana con la cabeza fresca pensamos las cosas y discutimos lo que quieras? Me parece que Arnau estaba excitado con la música y lo que tú estabas tan linda. Olvídate de esos hombres. A veces dicen cada cosas, que ¡vaya uno a saber qué es lo cierto!"

Dulcia le besó la mejilla y Beatriz dejó la habitación.

Beatriz caminó lentamente hacia su cuarto. Abrió la puerta de madera y se recostó en el sillón de damasco al lado de la chimenea. Pensaba que no iba a poder dormir. Se sentía nerviosa. El corazón le palpitaba fuertemente. Le daba miedo pensar que Arnau quería que se fuera con él a Francia. ¿Cómo se le ocurría eso? Amaba a Arnau intensamente, pero eso de irse con él a Francia sin casarse no podía ser.

Recordó a Don Cavaller. En voz alta dijo "Ojalá que no se le ocurra a papà volver a invitar a ese viejo."

Miró a su alrededor. Agoi no había venido para ayudarla a desvestir. Mejor así, pensó. Beatriz no quería hablar con nadie. Quería solamente pensar en Arnau. A la distancia sintió música. No estaba segura si la fiesta continuaba todavía. Después de un largo rato, se acostó sin desvestirse, envolvió el cuerpo con un manto y se durmió.

VI

Recuerdos

Una semana después de la orden real sobre el distintivo, Beatriz recibió una nota de Arnau. Quería que se encontraran en el mercado del Call. Era importante, le explicaba. Añadía algo sobre los planes para dejar Barcelona. "Tengo un carruaje listo. Mis amigos franceses me prestarán dinero para vivir con holgura..." Beatriz no terminó de leer. En vez de encontrarse con su madre y Dulcia en el cuarto de costura, subió a unas de la biblioteca.

Se dejó caer con pesar en uno de los almohadones y puso la nota entre los pliegues de su saya. Era como si deseara protegerla. La leyó con más calma. Arnau le explicaba que ya tenía listo los documentos para cruzar la frontera. Anotaba que debía llevar una manta abrigada y que usara alpargatas. Tal vez tuvieran que caminar hasta salir por la puerta de la ciudad.

¿Cómo podría encontrarse con Arnau? "Mis padres se opondrán a que deje el palacio."

Se levantó, caminó hacia la biblioteca y sacó el libro de memoria que lo tenía escondido entre los libros de su padre. Se sentó en un almohadón y comenzó a escribir.

Escuchó un leve ruido y levantó la mirada. Dulcia abría la puerta. Quería acompañarla.

Beatriz asintió con la cabeza. "Arnau quiere que nos encontremos en el mercado. Ya sabes, quiere que me vaya con él a Francia."

"¡Qué locura! ¿Lo mismo que te dijo en tu fiesta? ¿Esa nota es de él?" Dulcia señaló la nota al lado del libro de memorias.

"Quiere que nos encontremos. La verdad... es que a mí me gustaría irme con él."

"¿Estás segura? ¿Sin casarte?"

Beatriz sacudió la cabeza. "Está preocupado. Lee la nota. Habla de persecuciones de no sé qué a quién. Los parientes de su madre están anotados en una lista... No sé. Tienen miedo de que los encarcelen."

"¿Qué parientes? ¿Los que se convirtieron?"

"**No ho sé**, Dulcia. No es claro. Pero con esto de que todos aquí hablan de irse a Venecia... Yo quisiera irme con Arnau."

"Vaya a saber cuándo nos iremos a Venecia, si nos vamos. Yo también estoy angustiada."

Dulcia caminó hacia el fogón. Gesticuló con ambos brazos. "No puede ser, no puede ser. No te puedes ir con Arnau sin consultarle a mamá. ¡No te puedes ir!" gritó.

Beatriz nunca había visto a su hermana tan nerviosa. Se paró y le tomó las manos. Dulcia le besó la mejilla.

"Perdón. Esas ideas son extrañas. Nosotras no hemos sido educadas así. Sé que hay mujeres que se van de sus casas... Mamá quiere a Arnau y estoy segura de que te escucharía."

"El día de la fiesta, Arnau explicó que su madre le controla los pasos. Su madre no me quiere."

"¡Qué importa la madre!" volvió a gritar Dulcia y volvió a abrir los brazos.

"¿Crees que realmente nos tendremos que ir de aquí?"

"Mira Beatriz, lo que importa ahora es que nos cuidemos para poder vivir tranquilos."

"¿Qué hago con Arnau?"

"Díle que espere un poco."

"Ya se lo dije. Pero no quiero que se olvide de mí. Si él se va a Francia... bueno me iría con él."

"Escríbele y díle que venga a conversar con papá."

Dulcia acarició las negras trenzas de Beatriz. "¿Tendrá dinero para mantenerte?"

Beatriz levantó la vista y clavando los ojos en los ojos de su hermana. "Me dijo que tenía amigos que nos mantendrían."

"¿Te dijo eso?"

Dulcia, recordó a Don Cavaller y quiso hacer una broma a Beatriz para cambiar la conversación, "Y ese nuevo pretendiente, el viejo, ¿te envió alguna nota?"

"¡Ba! qué hombre molesto."

"Yo creo que hablaba en serio. Lo tomas a broma, pero el viejo realmente quería firmar un contrato."

"Te imaginas el horror de verme casada con ese hombre."

Dulcia se sonrió y dijo, "Estoy segura de que algún día vendrá y te robará. Entonces sí que habrá problemas."

Esto hizo reír a Beatriz.

"¿Has visto que también te diviertes con los pretendientes?"

"No sé qué hacer. Arnau quiere que nos encontremos en el mercado. Tendría que ir con Agoi."

"¡En el mercado!" Nada menos que en el mercado."

"No. Iremos juntas. Si vas, se lo diremos a mamá. "

"Mamá no nos dejará salir. Ya la escuchaste."

"Prométeme que no harás nada sin avisarme."

Dulcia dejó la habitación.

Beatriz tenía tanto que preguntarle a Arnau, pero no sabía como hacerlo. Tal vez una nota. Se acercó a la **xemeneia** y reclinó la cabeza en el balaustre de mármol que rodeaba la hoguera. Miró las llamaradas de ardientes colores, que parecían identificarse con la pasión que la abrazaba. Un leve temblor le sacudió el cuerpo. Sus pies estaban fríos. Si Arnau pudiera estar con ella en ese momento.

Guió los ojos hacia los muebles. Con intensidad inspeccionó los tapices que colgaban de los masivos muros, los visillos de delicado encaje que su madre había comprado en Flandes, los sillones incrustados con alabastro y las alfombras orientales que los abuelos habían enviado de Venecia. Todo eso era parte de su vida, de su niñez.

Cerró los ojos. Recordó el beso de Arnau. Tocó sus labios. Le parecía oler las rosas que ya habían comenzado a germinar en el jardín.

Si le pudiera preguntar a Arnau qué es lo que pasaría si se fuera con él a Francia. La idea la puso nerviosa nuevamente y dijo en voz alta, "No. Eso no puede ser. Mis padres sufrirán."

Recordó que un día cuando era niña habían visitado a la familia de Arnau, los Belcayre i Portella. Arnau había construido unos pequeños barcos de madera y ella le había preguntado si eso era lo que haría siempre. La mirada de Arnau sería y cariñosa, al mismo tiempo, le llamó la atención. No recordaba lo que había pasado después.

En los últimos cinco años solamente habían ido al hogar de los Belcayre i Portella dos veces. Sabía que algo pasaba con ellos. Siempre habían sido amigos, pero los Belcayre pretendían ser de mayor alcurnia y no los invitaban.

La inquieta mirada de Beatriz volvió a recorrer las paredes de piedra. Se acercó al escritorio y tomó entre sus manos un rompe-papel. Con la punta de la navaja grabó las iniciales **BABR** en el dintel de la puerta. Luego se acercó a uno de los ventanales y en el marco grabó **Beatriz Altbruc Bidaura Ramaya**. Quería que su nombre quedara para siempre en el palacio que la había visto nacer. Si algún día tuviera que dejarlo y si alguien viviera en él, ella deseaba que supiera que ese palacio había sido su casa, su hogar.

Dejó caer los brazos. El rompe-papel se deslizó hacia el piso de madera. Se sentó en una butaca al lado de la puerta y escondió la cabeza en la saya.

Recordó cuando Sarah les narraba cuentos de hada. Explicaba que los había contado la madre de su madre, pero que siempre se añadía nuevos detalles.

Ella y Dulcía, se recostaban en unos almohadones. Sarah les cubría el cuerpo con mantas. Sentada en un sillón de cuero, comenzaba la narración. Gesticulaba con las manos. Por momentos reía; por momentos lloraba. Todo era misterioso, lejano, hasta el tono de su voz era arcano. Otras veces, con una enigmática sonrisa explicaba cómo los niños que se perdían en los bosques eran encontrados por animales que los cuidaban, a veces por muchos años. Algunos cuentos eran sobre princesas

que viajaban montadas en misteriosas aves a remotos lugares buscando valientes príncipes. Una vez, según Sarah, una princesa persa había sido invitada a un lujoso banquete y durante el banquete, había guardado manjares en las uñas para llevárselos a sus niños.

Beatriz se sonrió al recordar las narraciones. Miró nuevamente a su alrededor. Se dio cuenta de que nunca más escucharía a Sarah, y que tal vez nunca más se reunirían alrededor de la chimenea.

Pensó en su madre. Le dio pena. Su abuelo materno había muerto en las cárceles de la Inquisición y su abuela en Portugal. Un escalofrío recorrió su cuerpo. "No," se dijo. "Eso no sucederá más." Tuvo miedo. Recordó las lágrimas de Astruga.

Sabía que sus bisabuelos habían sufrido también. Astruga le había relatado cómo habían ocurrido las masacres de 1391. Una muchedumbre que salía de la **Iglesia Santa Llúcia** atropelló a los bisabuelos y los desnudó. Arrastró al bisabuelo por más de diez cuerdas en la Boquería, hasta que expiró. La bisabuela había muerto casi instantáneamente cuando la garrotearon.

Se decía que el bisabuelo había estado vivo por un largo rato. Unos hombres habían voseado para que besara el crucifijo, pero él se había negado a hacerlo y había confesado hasta el último momento en la creencia en un solo Dios. Lo desmembraron en el baldío de La Rambla, en donde se reunían algunos labradores con sus productos y, a veces, gente de mala vida.

Los dos hijos de los bisabuelos, Rubén y Priçossa se encontraban en la mansión en el momento del asalto. Rubén, de siete años, desapareció. Priçossa, la madre de Astruga, pudo salvarse porque una de las criadas la había llevado al cuarto y recostándola en la cama la hizo pasar por su hija.

Los asaltos a los edificios continuaron por tres días. Dos tías de Astruga murieron en ese entonces, pero nunca se supo qué era lo que les había pasado.

El único recuerdo de la bisabuela era una muñeca. Beatriz suspiró profundamente y recordó la muñeca que ahora era de

ella. Le había puesto por nombre Priçossa Berzelear. Era como si la muñeca le transmitiera la vida de su abuela.

Don Ysaac también había relatado lo que había ocurrido con su familia. El mismo año su hogar había sido saqueado. Un religioso que se llamaba Francisco Ferrer había caminado por la calles de Barcelona gritando "muerte o conversión." Los hombres y mujeres que lo seguían entraban en las casas de los judíos y robaban lo que encontraban.

"Mi familia dejó Barcelona," explicó Don Ysaac. "Fueron a Tunis. Regresamos cuando el Rey Jaume I nos devolvió el cementerio **Montjuï del Carme** a los judíos."

Cuando el Rey Martín prohibió el establecimiento de nuevas familias hebreas, mis abuelos sacaron los bienes y los depositaron monedas de oro en bancos de Ámsterdam y Florencia. Se establecieron en el geto de Venecia.

"Llegué nuevamente a Barcelona," explicó Don Ysaac, a pedido del rey." Don Ysaac, Astruga y sus hijas eran los únicos miembros de la familia Altbruc Bidaura Ramaya que todavía vivían en España.

Beatriz sabía que en ese trágico año habían incendiado la sinagoga y que el venerado rabino, Don Yuçef Gresca había sido decapitado en su estudio.

Muchos judíos se habían refugiado en el castillo real. El Rey aprisionó a los culpables, que se decía habían venido de Castilla. Nunca pudieron encontrar a los tres hermanos de su padre.

Beatriz caminó nuevamente hacia el almohadón y se sentó. Recorrió con la mirada los muros. Un nuevo temblor la invadió. Nunca había pensado antes en las cárceles de la Inquisición. Había escuchado a Sarah hablar de las torturas, pero en ese entonces todo parecía lejano. Se decía que las jóvenes eran violadas por los carceleros. "No", volvió a repetir, ellos hacían todo lo que el rey les pedía. Iban a misa de vez en cuando, el obispo los visitaba y los sábados escuchaban los sermones del religioso dominico que predicaba en la casa del rabino.

Se sintió mareada Apoyó ambas manos en el piso de madera. "¿Incendiarían el palacio?" Nunca se podía saber lo que los cristianos harían. ¡Habían incendiados tantas casas y tantos comercios!

Caminó hacia la ventana y pensó en abrir las masivas hojas de madera. Se detuvo. No mejor que no. Se sentía abrumada por sentimientos antagónicos que parecían no darle paz.

¿Sería cierto lo que pasaba? Sarah había explicado que hasta las criadas que encontraba en el mercado se alejaban de ella para "no complicarse." Doña Gumersinda, una mujer que tenía un quiosco con fruta le había dicho, "No vaya a pasarnos algo a nosotros por ser amiga de usted. Me perdonará Sarah. Ya soy cristiana. Aléjese de los estantes. No puedo venderle nada."

Beatriz apoyó la cabeza en el muro. Ella quería tener amigos, quería tener hijos. ¿Qué sería de su vida en el futuro?

La imagen de Arnau la invadió nuevamente. Lo amaba tanto que tal vez hubiera podido dejar a sus padres para seguirlo. ¿Qué diría el rabino si supiera que Arnau quería que se fuese con él a Francia sin casarse?

Dejó la habitación rápidamente y corrió por la galería. Bajó la escalera hasta su alcoba. Entró y se tiró en la cama. El lienzo frío le refrescó las mejillas.

Después de un rato, se levantó, se acercó a uno de los arcones. Tomó la muñeca de su abuela entre los brazos. Meciéndola le dijo, "yo te quiero y tú me quieres Priçossa. No importa lo que seas. Tú eres hermosa muñequita y eres lo mejor que me dejó la abuela."

Acarició el bordado de lino de la saya de la muñeca. Beatriz sabía que su nombre era Priçossa. Siempre la habían llamado Beatriz. Su verdadero nombre parecía como un secreto entre ella y el pasado. Por primera vez se preguntó ¿por qué la llamarían Beatriz?